

—Veremos al prefecto,—replicó el anciano,—para decidirle á que hable al jefe de esa fuerza; pero no olvide usted que esta fuerza no ha podido antier continuar la persecución del Zarco, que fué quien cometi6 los asesinatos de Alpuyea, y eso que el gobierno de México habia recomendado con todo empeño la persecución.

—Es inútil,—exclamaron todos,—es imposible; ni el prefecto ni esos soldados han de querer.

En este momento se oyeron trompetas resonando en la plaza. La caballería del gobierno entraba con toda solemnidad en la población.

Doña Antonia, enloquecida de ira y de dolor, salió apresuradamente de la casa con la intención de hablar al prefecto.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO" 100
1625 MONTEREY, MEXICO

XIII

El comandante

El pobre prefecto se hallaba en la casa de Ayuntamiento, vestido con su traje dominguero para recibir á la tropa con los honores debidos, y en el momento en que llegó doña Antonia, acompañada del tío de Pilar y de Nicolás, que la habia seguido por deferencia, se entretenía en ver á aquella fuerza mal

vestida y peor montada, que se formaba en la placita para pasar lista. Mandábala un comandante de mala catadura, vestido de una manera singular, con uniforme militar desgarrado, y cubierto con un sombrero charro viejo y sucio.

Luego que acabó de pasar su lista, el comandante vino á saludar al prefecto y á manifestarle, lo que era de cajón entonces, que necesitaba raciones para sus soldados y forraje para su caballada, pues debía continuar su marcha esa misma tarde.

El prefecto dió las órdenes convenientes para facilitar esos elementos, imponiendo á los vecinos acomodados semejante carga, que ellos estaban ya acostumbrados á soportar hacía tiempo.

Después la tropa se acuarteló, y el comandante y algunos oficiales fueron invitados por el prefecto á tomar algunas copas y á comer en la Prefectura.

Tales eran los deberes que se imponía entonces la autoridad política de los pueblos para con esos militares, que ni defendían á la gente pacífica ni se atrevían á encararse con los bandidos de que estaba llena la comarca.

—¿Qué tal, comandante, — preguntó el prefecto, — ayer y antier han tenido ustedes una buena tarea con los plateados?

—Fuerte, señor prefecto, — respondió el comandante atusándose los bigotes, — muy fuerte: no hemos descansado ni de día ni de noche.

—¿Y lograron ustedes algo?

—¡Oh! les dimos una *correteada* á los plateados, terrible. Estoy seguro de que en muchos días no volverán á aparecerse en la cañada de Cuernavaca. Han quedado escarmentados.

—¿Cogieron ustedes algunos, eh?

—Sí: y los hemos dejado colgados, por ahí, de los árboles, en donde se estarán campaneando... á esta hora.

—Pero, ¿cayeron todos?

—Todos, no, usted sabe que eso es difícil. Esos cobardes no atacan más que á la gente indefensa, pero luego que ven tropa organizada, como la mía, corren, se dispersan.

—Pero el Zarco... porque dicen que fué el Zarco el que mandaba la gavilla.

—Sí, él fué, pero él es el más *correlón* de todos. Ni siquiera nos esperó, de modo que cuando nosotros llegamos á Alpuyecá *ni su luz del Zarco*. En vano quisimos darle alcance. Luego que hizo su robo, apenas se detuvo á recoger á sus heridos y se largó precipitadamente, y no fué posible dar ni con su rastro. En ningún pueblo ni rancho de los que atravesamos en su persecución pudieron darnos razón de él, sea que no hubiera pasado por allí ó sea que tenga en todas partes cómplices, lo cual es más probable. El caso es que no pudimos continuar con mi caballería en aquellos montes tan escabrosos.

—Pero entonces, señor comandante, — preguntó el prefecto con malignidad, — ¿á quiénes cogieron ustedes por fin, porque acaba usted de decirme que dejaron algunos colgados en los árboles!

—¡Oh amigo prefecto, — contestó el militar sin desconcertarse, — cogimos algunos sospechosos de quienes estoy seguro que eran sus cómplices; yo los conozco bien á estos pícaros, no pueden disimular su delito; corren de nosotros cuando nos divisan, se ponen descoloridos cuando les hablamos, y á la menor amenaza se hincan, pidiendo misericordia! Ya usted ve que éstas son pruebas, porque si no, ¿por qué habían de hacer todo eso? Su delito los acusa, son los cómplices, los que avisan á los bandidos, los que ocultan su marcha y los que participan del botín. A varios de esos, y según mi parecer los más importantes, es á quienes he dejado dando vueltas en el aire... ¡Servirá de ejemplar! ¿No le parece á usted?

De manera que el valiente militar había fusilado á algunos infelices campesinos y aldeanos, por simples sospechas, á fin de no presentarse ante su jefe, en Cuernavaca, con las manos limpias de sangre.

El prefecto lo comprendió así, y por tal motivo respondió, insistiendo:

—Sí, señor comandante, eso estuvo bueno siempre; pero, por fin, ¿y el Zarco?

—El Zarco, señor prefecto, debe hallarse ahora muy lejos de aquí; tal vez en el distrito de Matamo-

ros ó cerca de Puebla, para repartirse el robo con toda seguridad. ¡Bonito él para haberse quedado en este rumbo!

—Pero dicen, — objetó el prefecto, — que tiene su madriguera en Xochimancas, á pocas leguas de aquí, y que cuenta con más de quinientos hombres. Al menos es lo que se dice por aquí, y lo que sabemos, porque frecuentemente se desprenden de allí partidas para asaltar las haciendas y los pueblos. En esa madriguera es donde guardan sus robos, en donde tienen á los plagiados, sus caballos, sus municiones, en fin; parece, según noticias que recibimos diariamente, que allí viven como en una fortaleza, que tienen hasta piezas de artillería, hasta músicas y charangas que llevan algunas veces á sus expediciones, y que les sirven también para divertirse en sus bailes.

—Ya sé, ya sé, — replicó el comandante con cierto enfado; — pero usted conoce lo que son las exageraciones del vulgo. Todo eso son cuentos; habrán buscado allí refugio alguna vez, habrán permanecido allí dos ó tres días, habrán hecho tocar dos ó tres clarines, y el miedo de los pueblos ha inventado lo demás, porque no me negará usted, señor prefecto, que ustedes viven muertos de miedo y que ni parecen hombres los que habitan en estas comarcas.

—Pero, con razón, señor comandante, — dijo el prefecto, picado en lo vivo, — con muchísima justicia; si todo eso que usted dice que son cuentos, nos

parecen á nosotros realidades; si vemos atravesar por nuestros caminos partidas de cien y de doscientos hombres, bien armados y montados; si se llevan al cerro todos los días á los vecinos de los pueblos y á los dependientes de las haciendas; si se meten dondequiera como en su casa, ¿cómo no hemos de creer?...

—Pues bien, y ustedes ¿por qué no se defienden? ¿por qué no se arman?

—Porque no tenemos con qué, todos estamos desarmados.

—Pero, ¿por qué?

—Le diré á usted: teníamos armas para la defensa de las poblaciones, es decir, armas que pertenecían á las autoridades y armas que habían comprado los vecinos para su defensa personal. Hasta los más pobres tenían sus escopetas, sus pistolas, sus machetes. Pero pasó primero Márquez con los *reaccionarios* y quitó todas las armas y los caballos que pudo encontrar en la población. Algunas armas se escaparon, sin embargo, y algunos caballos también, pero pasó después el general González Ortega con las tropas liberales y mandó recoger todas esas armas y todos esos caballos que habían quedado, de manera que nos dejó con los brazos cruzados. Luego, los bandidos apenas saben que alguno tiene un caballo regular cuando en el acto se meten á cogerlo. ¿Quién quiere usted que compre ya ni armas, ni caballos,

sabiendo que los ha de perder de todos modos?... Además, aun cuando nos queden machetes y cuchillos, ¿cree usted que nos vamos á poner con quienes traen buenos mosquetes y rifles?

—Pues, hombre,—replicó el militar reflexionando,—eso sí está malísimo, porque así cualquiera puede burlarse de ustedes. ¿Y qué hacen, entonces?

—Lo único que hacemos es huir ó escondernos. Tenemos un vigilante en la torre durante el día. Cuando toca la campana, dando la alarma, las familias se esconden en el curato ó donde pueden, en lo más oculto de las huertas; los hombres corren y las autoridades... nos sumimos,—añadió el pobre prefecto, encogiéndose de hombros en ademán de vergüenza y de resignación.

—¡Caramba, hombre! ¡eso es atroz!—exclamó el comandante sirviéndose una gran copa de cognac.—Yo no sería autoridad aquí, por nada de esta vida.

—Pues yo he renunciado la prefectura cincuenta veces; pero no me admiten la renuncia, y como es lo mismo...

—¿Cómo lo mismo?

—Pues es claro, es lo mismo que haya prefecto como que no lo haya; dirán que tanto da que yo esté como que esté otro, y mientras aquí me tiene usted limitándome á dar forraje y raciones á las tropas que pasan, sin poder hacer más, sin disponer de un solo guarda, de un solo soldado, de nadie...